

El lenguaje y la modernidad alternativa de nuestra América: la recuperación del sujeto

The language and modernity alternative of Nuestra America: the recovery of the subject

El lenguaje y la modernidad alternativa de Nuestra America: la recuperación del sujeto

PABLO SERGIO ARIAS Y CASTREJÓN

RESUMEN: El problema de la alteridad tiene su origen en el lenguaje; es desde el *logos* que el otro sujeto toma una condición como ser humano en el mundo. Desde que se dijo que aquel ser diferente era un bárbaro, se identificó y marcó un tipo de relación, el cual justificaba cualquier atropello contra los otros, porque al bárbaro había que civilizarlo con la fuerza y la guerra. El hecho de nombrar bárbaros a los otros provocó que comenzara una crisis con la idea de la humanidad y del sujeto, lo que llevó a una incisión entre culturas y seres humanos, lo que les impedía ver al otro como su alteridad y comunidad. En Nuestra América no se tildó de bárbaros, pero, analógicamente, se dijo que los nativos americanos eran salvajes lo que permitió una guerra injusta contra ellos. Por eso, estudiar al lenguaje desde Nuestra América nos propone una nueva significación y uso de éste, desde otra modernidad. Una modernidad nustramericana que radica en la historia y que propone un nuevo lenguaje poético que resuelva el problema de la alteridad, en el cual se incluya al género humano como una unidad en común, una comunidad.

PALABRAS CLAVE: crisis, lenguaje, sujeto, modernidad alternativa.

ABSTRACT: The problem of otherness has its origin in language; it is from the *logos* that the other subject takes on a condition as a human being in the world. Since it was said that every different being was a barbarian, a type of relationship was identified and marked, which justified all kinds of abuses against them, because the barbarian had to be civilized with force and war. The fact of naming the others as barbarians caused a crisis to begin with the idea of humanity and the subject, which led to an incision between cultures and human beings, which prevented them from seeing the other as their alterity and community. In Our America they were not branded as barbarians, but, analogically, it was said that the Native Americans were savages, which allowed an unjust war against the them. Therefore, studying language from Our America proposes a new meaning and use of language, from another modernity. An Our American modernity that is rooted in history and that proposes a new poetic language that resolves the problem of alterity, in which humans are included as a common unit, a community.

KEYWORDS: Crisis: Language. Subject. Alternative modernity.

RESUMO: O problema da alteridade tem sua origem na linguagem; é a partir do *logos* que o outro sujeito assume a condição de ser humano no mundo. Como se dizia que aquele ser diferente era um bárbaro, identificou-se e marcou-se um tipo de relação que justificava todo tipo de abuso contra eles; porque o bárbaro tinha que ser civilizado com força e guerra. Nomear os outros como bárbaros provocou uma crise a começar pela ideia de humanidade e de sujeito, o que levou a uma incisão entre as culturas e os seres humanos que os impediu de ver o outro como sua alteridade e comunidade. Em Nossa América não eram tachados de bárbaros, mas, analogicamente, dizia-se que os nativos americanos eram selvagens, o que permitiu uma guerra injusta contra eles. Portanto, estudar a linguagem da Nossa América propõe um novo sentido e uso da linguagem, a partir de outra modernidade. Uma modernidade nossa-americana que se enraíza

na história e que propõe uma nova linguagem poética que resolva o problema da alteridade, na qual os humanos estão incluídos como uma unidade comum, uma comunidade.

PALAVRAS-CHAVE: *Crise: Lenguaje. Sujeito. Modernidade alternativa.*

RECIBIDO: 15 de octubre de 2021. **ACEPTADO:** 18 de noviembre de 2021.

INTRODUCCIÓN: LA CRISIS COMO ALTERNATIVA

El concepto de crisis, desde nuestra concepción, puede ser entendido como un juicio radical o como una acción rigurosa que actúa y que se lleva a cabo dentro de los fundamentos en los cuales se institucionaliza la realidad. Lo que significa que la radicalidad de la crisis reside en las estructuras, que permiten erigir y explicar a las estructuras mismas, como condiciones necesarias de posibilidad que presentan falencias que desestructuran la realidad ontológica, fenoménica, histórica y, que requieren ser pensadas para develar los factores que demandan actualidad y vigencia. La crisis es parte del acontecer de la vida y de los seres humanos como individuos y como seres colectivos que están en el mundo, interactuando con su alteridad, con las entidades: materiales, naturales, divinas, etc.; porque la crisis es una desestabilización en los principios de identidad y cohesión de los elementos que constituyen y unifican, en correspondencia, a la conciencia con la realidad.

La realidad entendida como totalidad es una unidad: cosmoversidad e incluyente de la diversidad que se conforma por distintas entidades individuales que interactúan entre sí, y con otras diversas realidades de diversos mundos; esas interacciones en su conjunción crean los sentidos que dan significado a la estructura de los cimientos con los que se justifica la existencia de la realidad para los individuos (subjetividad) y la existencia de la realidad para el colectivo (objetividad), tanto de seres humanos como de los entes naturales y de los objetos. Desde nuestra perspectiva, la crisis es crítica y, la crítica es crisis; porque la crítica coloca en situación crítica a los fundamentos, lo que permite develar las problemáticas que efectúan la desestabilización. Y, porque la crítica pone al descubierto los anacronismos, los defectos y las dificultades que la crisis genera. La crítica es la capacidad de los seres humanos para juzgar, deliberar, para exponer juicios y aseveraciones que cuestionan los principios, a las leyes, las normas, los conceptos, las dialécticas, los lenguajes en los que se sustentan y mantienen los sistemas teóricos, metodológicos, epistemológicos, culturales que sirven de base para que la realidad ontológica, pedagógica, práctica, histórica, política y lingüística se constituya como totalidad y pueda ser expuesta como unidad. La crítica se realiza a partir de cuestionamientos, interrogaciones, reflexiones, de controversias y de discusiones, en los que se exponen juicios y razonamientos que

pretenden revelar tanto los alcances, los desatinos como los aciertos que se presentan en los diversos contextos que son los soportes de la realidad en los que los seres humanos actúan y se desenvuelven.

Cuando la realidad está en crisis, lo están también las instituciones y los mundos que la conforman, porque se desestabiliza todo lo que se tiene por establecido, como: las condiciones reales e históricas; las situaciones de vida y de existencia; los objetos, el lenguaje, las temporalidades, que son la base del mundo humano de donde se adquieren los sentidos de identidad y de diferencia en relación con la realidad que se experimenta. Porque la crisis se muestra y, como ejercicio, actúa en los pensamientos, las ideas, las ideologías, las costumbres, las tradiciones, los mitos, las religiones, las culturas, en el espacio temporal e histórico, cuando se pone en duda la manera en que se formalizan y sostienen la totalidad de entidades que significan la vida. La crisis determina que los vínculos entre estas partes son incapaces de conformar y explicar la realidad, y son impedimento para unificar la pluralidad, lo que conlleva la imposibilidad de justificar la existencia de las entidades materiales al no encontrar correspondencia con el Ser (Nicol, 1979)¹ como entidad de lo diverso. El Ser es una realidad ontológica y fenoménica. La realidad está en el Ser y el Ser está en la realidad. Pero el Ser no puede hablar ni comunicar su existencia por sí mismo, el que puede hablar del Ser es el ente expresivo, es decir: los sujetos con realidad y su existencia en circunstancias históricas.

La crisis pretende que se logre una dialéctica de reciprocidades entre la realidad filosófica y las entidades sociales, políticas, económicas, institucionales, epistemológicas, conceptuales del lenguaje y las condiciones reales de existencia. La crisis, pues, coloca en situación crítica al orden formado y establecido por los seres humanos en la comunidad: el orden social, el orden económico, político, jurídico, lingüístico, psicológico, histórico, etc. La crítica puede devenir o manifestarse desde distintos puntos y posturas que pueden generar crisis; por ejemplo: la crítica puede derivar de la duda metódica y la incertidumbre; del asombro, al relacionarse directamente con el Ser; desde las ideas que experimentan la realidad material, histórica y formal; de las emociones que se construyen a partir de las vivencias; desde la experimentación de la subjetividad, de las sensaciones con las que percibimos los sujetos y los objetos; desde las condiciones sociales de marginación y miseria; de las realidades históricas concretas que padecen en los tiempos actuales; porque la crítica permite racionalizar y reflexionar sobre la realidad en una relación dialéctica que se mantiene con la alte-

¹ Esta es una idea propuesta por el filósofo Eduardo Nicol (1979), en el que habla de un ser que pertenece a las entidades y que por medio de este ser se nos permite predicar nuestra realidad como existencias; y un Ser mayúsculo que es en donde nuestros predicados como existencias recaen, en el cual es asumido como una unidad.

ridad, o con los otros en la unidad y la diferencia; es decir que la crítica es diálogo con las condiciones y las circunstancias de la comunidad de los seres humanos.

La crítica se da en simultaneidad con la crisis y viceversa; pero, la crisis antes de ser crisis, se manifiesta como un problema, como una dificultad de difícil solución o, como un conflicto sin respuesta, como una incongruencia entre el pensar y actuar en la realidad de la conciencia. Es hasta que se ejerce la crítica sobre esos problemas que se puede develar la encrucijada en la que se encuentra la realidad, ya que, cuando la crisis existe es porque no hay una reciprocidad en las relaciones entre las circunstancias concretas con las condiciones materiales reales e históricas; o tampoco hay relación coherente entre la esencia, la sustancia y la existencia, es decir: entre ser y pensar en relación con la conciencia y el lenguaje. La crítica por sí misma no resuelve la crisis, sino que la muestra, la plantea, le contextualiza, le da una existencia como categoría que denota desarmonía y caos; pero, no obstante, la crítica permite plantear posibles soluciones, medidas alternativas a las condiciones reales de la crisis al situarse en las causas y los efectos, al localizar los componentes que ya no funcionan como principios unificadores de los contextos teóricos, prácticos y formales.

Por ello, la crítica busca la conexión mediadora en los fenómenos de los fundamentos que demandan la labor que reformulen los vínculos que refuerzan la pluralidad de relaciones entre las entidades que justifican la presencia de aquello que es común y diferente en las realidades ontológicas, dialécticas, lingüísticas y fenoménicas de la totalidad. La crítica es necesaria en todo campo de conocimiento para dar respuesta a la conciencia, que no reconoce ni encuentra coherencia entre lo que se reflexiona y lo que se experimenta. La crítica interpreta en los símbolos las señales y los indicativos de las entidades que han caducado en la temporalidad y requieren ser actualizadas, esto es una forma de mostrar los accidentes que predicen la unidad de lo común en la discrepancia, en la unidad de sentidos y símbolos históricos. Por tanto, la crítica puede situarse en un tiempo presente como en un tiempo pasado, lo que permite que las subjetividades y los símbolos formen parte de la realidad presente e histórica; por eso la crítica posibilita alternativas de diálogo con la actualidad de lo viejo ante lo nuevo, es un vínculo dialéctico entre lo negativo y lo positivo de la realidad puesta en estado crítico.

Para generar una crítica a la realidad en conflicto es necesario tener un criterio y las condiciones para llevar el acto de juzgar, valorar y reflexionar sobre el problema a encarar. El criterio, para nuestro entender, es un conjunto de principios críticos (juicios, enunciaciones, entendimientos) que tienen como función generar cambios a un sistema hecho de normas, símbolos, leyes, reglas que funcionan como mecanismo de verdad en la que se cimenta la realidad. El criterio se concretiza en la conciencia de los seres humanos a partir de las experiencias del entendimiento y la reflexión que se realice sobre dichas experiencias. La crítica como principio regulador crea argu-

mentos científicos ante los fundamentos explicativos del Ser, lo que nos lleva a pensar que el criterio aplicado críticamente deconstruye y desestructura para construir un escenario más amplio, abierto e integrador para lo nuevo, para lo que se ha ocultado o no se muestra ante lo que ya existe.

Cuando el criterio analiza y reflexiona es para develar las carencias de las entidades y para singularizar las particularidades que le permiten mostrar aquellas partes de la realidad que están en crisis, tanto en lo formal como en lo histórico; será entonces cuando la crítica muestre el origen crítico de las estructuras, de las entidades como de las instituciones que han fragmentado las relaciones con la alteridad. La crisis como alternativa se logra cuando la crítica va creando nuevas posibilidades y condiciones para las situaciones en las que se encuentran los seres humanos; cuando hay opciones para aquellas entidades de las que se ha negado su existencia y se les otorgue el espacio y la oportunidad de actuar y participar, dialógica y dialécticamente, en la realidad. Ignorar ciertas entidades puede inhabilitar la dialéctica como proceso de cambio y transformación; y como posibilidad alternativa en la búsqueda de salidas ante la realidad que incentiva la reproducción y permanencia de la crisis. Aunque hemos de advertir que la crisis siempre está latente en las acciones de los acontecimientos históricos y temporales del presente.

Los problemas y las crisis surgen de la realidad misma; de los cambios del acontecer, de los procesos fenoménicos: como signos que comunican insuficiencia y la falta de conexión para conjuntar los símbolos que representan al orden y la unidad. Por ello es importante adoptar una postura responsable y comprometida ante la crisis para encarar los problemas que se manifiestan, y para tener herramientas que permitan crear nuevas estructuras conceptuales y epistemológicas, y poder confrontar las contradicciones presentes e históricas que garanticen la continuidad, la permanencia y la pertenencia de la realidad en la que los seres humanos, como sociedad, se desarrollan y se potencializan.

Por tales motivos y por el escenario crítico y catastrófico que hemos mostrado de lo que la crisis genera en la realidad, en los seres humanos, el mundo y sus instituciones, en el siguiente artículo nos centraremos en hacer una reflexión acerca de la crisis que se vive en la actualidad dentro de las diversas sociedades y en los sujetos de las distintas comunidades a partir del lenguaje. Hemos empezado de esta manera porque pretendemos hacer notar la crisis que existe en las humanidades y sobre todo en los lenguajes, en el sentido de que pareciera que no hay correspondencia entre los conceptos y aquellas entidades, objetos y realidades que representan. Pero antes, reflexionaremos críticamente sobre el lenguaje que se encuentra en una situación de descomposición y recomposición; haremos uso de nuestro propio criterio para generar una crítica que enarbore una propuesta en la que se proyecte la exposición de nuevas vertientes y alternativas a partir del pensamiento crítico desde la razón

metódica y desde la *póiesis* filosófica. Para ello teorizaremos sobre el lenguaje como *logos* y plantearemos el problema que pretendemos atender; el método es el interdisciplinario, por lo tanto, nos atendremos a la realidad y nos serviremos de la historia y las ideas para fundamentar nuestros argumentos expuestos en nuestro discurso. Puede observarse que la crisis siempre es radical porque ésta radica sobre las razones, sobre los sentidos, la sensibilidad, sobre el Ser y el cambio, porque lo que permanece es el cambio, base ontológica del acontecer; es decir, que la crisis radica sobre los fundamentos y sus acontecimientos. Nuestro eje discursivo sobre la crisis como preocupación narrativa la realizaremos desde el lenguaje.

No hay región en el mundo o país en el mundo que no haya sido afectado por las manifestaciones de la crisis, la que ha trascendido todas las fronteras, hasta alcanzar el siglo XXI: crisis existencial, de desarrollo, de crecimiento, ecológica, de decadencia moral y de principios; del conocimiento, de la ciencia, la filosofía y la historia; es decir, crisis de la realidad toda (Magallón, 2020: 37).

El lenguaje

El lenguaje es por excelencia el instrumento con el cual los seres humanos podemos manifestar su presencia y existencia como entidad expresiva; por medio de este instrumento el ser humano manifiesta el gran logro de la vida y la existencia. El ser humano es lenguaje, es lo que su mismo discurso y narrativa expresan. Nuestro lenguaje siempre remite a la realidad que circunda a nuestra conciencia, nuestro lenguaje es el reflejo del contexto en el que estamos insertos y en el que vivimos. El lenguaje es nuestra realidad, porque a través de éste la expresamos y aprehendemos. Nuestro ser es temporal y está en permanente cambio. Los seres humanos por medio del lenguaje manifestamos la existencia del *logos*, de la sensibilidad, de los sentimientos, de la imaginación, de las pasiones, de la simbólica, de la subjetividad humana. Es mediante el lenguaje y las formas de habla que se responde a la realidad formal y ontológica, como la totalidad cargada de pluralidad de una infinidad de sentidos.

Los seres humanos a través del *logos* pudieron abstraer de la realidad los acontecimientos y los fenómenos que se percibían de ella y por el *logos* mismo se pudo crear al lenguaje como un instrumento de expresión y de poder, con el cual éstos lograban situarse en el mundo y explicar la razón de ser en la realidad y en la comunidad. Por lo anterior, para nosotros el lenguaje, el *logos* y el Ser sólo se expresan a través de la palabra como forma discursiva de la misma realidad y el mundo de la vida. Para afirmar la existencia del Ser, que se expresa y manifiesta a través del ente expresivo, como entidad mayor que permite la significación y simbolización de la realidad material y natural, simplemente, utilizar al lenguaje nos remite a él. Pues lo

que se expresa por el lenguaje tiene la finalidad del Ser unidad, que implica orden; el lenguaje es orden.

El lenguaje posee una gramática que contine partículas que le permiten ordenar la realidad de manera en que se pueda observar cómo es que la realidad se simboliza: el lenguaje tiene elementos que ordenan la realidad interior (subjetiva), lo cual nos permite exponernos y hacer a nuestra realidad interior un objeto exterior (objetividad) y también aquello que se muestre como exterior y ajeno a nuestra realidad por medio del lenguaje lo podemos hacer algo propio. El lenguaje posibilita lo que predicamos como conciencias, como entidades expresivas que experimentan al devenir y registran al acontecer por medio de nuestras sensaciones y percepciones. Este proceso de dar orden a la realidad muestra una complejidad en la que participan muchos elementos donde el *logos* está actuando con todas sus variantes, para estar, representar, expresar, materializar y mostrar nuestro ser como ente y el Ser en general.

Cada uno de los lenguajes que existen en el mundo son una forma de mostrar cómo es que los seres humanos han estructurado sus formas de vida y las experiencias con la naturaleza y la realidad física. El lenguaje es una forma para identificar el mundo material y adecuarlo con cada una de las entidades que existen, cuando un objeto se ha hecho o reconfigura en el lenguaje y se le ha identificado con un nombre, éste ha adquirido una propia esencia que le permite representar un espacio como entidad; es decir, que el lenguaje le da un ser y una substancia que le permite trascender su propia realidad como materia y la coloca en un plano más allá de lo físico (metafísica).

El *logos* en su acepción clásica se entiende como palabra y razón; pero palabra y razón son lenguaje, y no solamente es eso, sino que es: discurso, tratado, comunicación, comunidad, concepto, categoría, diálogo, escritura, manifiesto, símbolo, signo, ícono, etc. La razón para ordenar y la palabra para materializar todos los fenómenos y accidentes de la realidad.

Decimos que el lenguaje y el Ser son uno mismo, porque el ser se muestra a través de la palabra y el lenguaje contenidos en la realidad; cada entidad de la realidad nos contiene y se manifiesta por el *logos*, es por lo que adquieren sentido y razón de ser. No estamos negando que los objetos materiales y naturales no pertenezcan al Ser, no; porque todo objeto *es*, pero es hasta que el lenguaje actúa, porque por el lenguaje el ente, los seres humanos, aprehenden el objeto, la cosa, las existencias que devienen como parte de la realidad que representa al ser que se expone y manifiesta como otra forma de ser dentro de un orden unido y total. Todo lo que existe en el mundo es lenguaje y lo que el lenguaje no logra cubrir y nombrar se exenta de realidad.

Las palabras, las imágenes, los símbolos y los signos son formas discursivas, construcciones poéticas, imaginativas y creativas de diversas realidades, donde los sentidos

humanos despiertan y armonizan, donde la imaginación intenta construir un futuro, porque se dan en la temporalidad de la existencia, de la vida misma. Por esto se puede decir que la metáfora y el símbolo son un mundo de ensoñación entusiasmada de desarrollo y crecimiento, donde la *poiesis*, la creatividad y la imaginación son el impulso, el ímpetu del devenir de la existencia humana de lo inteligible, lo tangible, lo irreal e imperceptible (Magallón, 2020: 73).

El lenguaje comunica la existencia individual y social, y, expresa la existencia colectiva. La vida en común es por donde se logra la identidad y la diferencia entre los seres humanos como condiciones ontológicas. El lenguaje tiene su origen en la comunidad y es expresivo. Y por eso es creativo, porque el lenguaje lo que predica y expone siempre es realidad, ya que todo lo que expresa comunica y todo lo que comunica crea la comunidad; el lenguaje crea, también, a las instituciones que componen a la realidad como a la cultura, incluso la filosofía es parte de la creación como producto analítico-reflexivo que piensa y razona a la realidad con conceptos. Otro de los predicados del lenguaje es que nos permite conocer al Ser de lo que ya fue, lo que ha sido en el devenir y en el acontecer histórico. El lenguaje es esa totalidad de significados y sentidos que permite reconstruir la vida y la realidad que ya fue experimentada de diversas formas. El lenguaje es realidad histórica porque es un producto histórico y la historia es lenguaje porque por medio de éste se constituyen los hechos del pasado. El lenguaje se crea y recrea en el acontecer en un devenir constante (Nicol, 1974).

Por último, el poder creador es la función primordial que emana del lenguaje en tanto instrumento potente. La creación como forma de poder permite a la conciencia empoderarse de la realidad que la circunda; cuando se aprehende a la realidad en palabras, aunque el lenguaje es insuficiente para mostrar a la realidad como totalidad, aun así, el lenguaje es un mediador entre la conciencia y la realidad, y es cuando la conciencia adquiere una forma en la que el poder se ofrece a la vida intelectual y el lenguaje se hace amor; el poder del lenguaje es el amor; el amor como lenguaje es transformador, todo acto creador es un acto de amor; la filosofía es un acto de amor, es un acto creador (Heidderger, 2010). Aunque la filosofía aún reniegue a volver a sus orígenes donde el amor hacia las entidades (naturales, materiales, físicas, metafísicas, etc.) eran el motivo para pensar, el amor como motor de la reflexión está cada vez más en el olvido. Pero tampoco hemos de olvidar que el lenguaje también es destructor. Puede causar bruma en otras realidades, incluso puede negar el verbo y el lenguaje ajeno, y no sólo negarlo, sino que puede someterlo y marginarlo. Hablar de los seres humanos es hablar de los lenguajes, de su forma de pensar, de su manera de organizar la totalidad por medio de sentidos referidos, su forma de construir su pasado histórico, y por tanto la realidad del ser. Lenguaje, Ser y sujeto están unidos, dependen entre sí para manifestar la existencia y expresarla por medio de la palabra y las formas discursivas. Algo que es preocupante es que desde hace un tiempo el

lenguaje ha estado en un estado crítico, es decir, en crisis. Y veremos los porqués (Nicol, 2007).

(Pos)Modernidad

En el libro de *Los caminos del pensar. Radicalidad de Nuestra América*, Magallón Anaya nos expone que la realidad de la actualidad está atravesando por una crisis mundial, en la cual todas las realidades y entidades del orbe están sufriendo las afectaciones de la falta de compromisos y principios éticos para asumir los problemas que atañan al mundo; en donde la angustia y la calamidad son los que están agobiando a las sociedades. Esta crisis radica en que actualmente ya no existen reglas o fundamentos en los cuales los sujetos, los objetos, la historia, etc., puedan asir la realidad misma, perdiendo la base que les daba el sentido de ser; es decir, que no existe una manera concreta en sus argumentos para justificar su existencia como entidades que actúan e interactúan con las otras entidades que existen de manera material, formal o histórica.

Esto puede observarse desde los nuevos discursos que han ido propagando la fragmentación y el vacío; la diferencia como una categoría ontológica que externa la separación de la totalidad, aislando partes componentes de la comunidad y de la realidad como independientes e inconexas porque los lenguajes ya no tienen esa capacidad cohesiva para la comunidad, pues se ha perdido el fundamento que es el sujeto mismo, porque ésta ya no está en el centro del acontecer del mundo, sino que ha sido relegado por máquinas y experimentos que lo colocan en segundo término, como si fuese medio y no fin.

Los nuevos lenguajes tienen como base la subjetividad que se distorsiona y pierde en el mundo, que cada vez pierde más sentido. Magallón Anaya nos dice que hay una pérdida de los significados, un vaciamiento de la realidad que se expresa en los actos e ideas de los sujetos, una vacuidad en los discursos, que ya no existe un punto que regule los sentidos que se muestran en los argumentos. El mundo está en estado crítico y esta crisis actual está provocada por las ideas que están en el ambiente posmoderno: pero ¿qué es la posmodernidad? A continuación, haremos un breve recorrido histórico de la idea del lenguaje desde nuestra perspectiva y hermenéutica para dar los orígenes de la posmodernidad.

La crisis de las sociedades modernas se encuentra transidas de violencia, desestructuración social, económica, política y cultural. Los valores de la ética, la democracia, el liberalismo y las izquierdas del mundo han sido derruidos para colocar a la humanidad en situación de riesgo, incertidumbre, desolación y muerte, pérdida de la esperanza y la paz (Magallón, 2020: 189).

Esta crisis posmoderna es histórica, como toda realidad humana, derivada de las ideas y las prácticas del pasado. Un pasado tan remoto que los primeros indicios de su comienzo se encuentran dentro de la época renacentista: “es el renacimiento donde se gestan actitudes y doctrinas que se van a caracterizar a la época moderna” (Maga-llón, 2020: 139); la época renacentista es en la cual renacen los ideales y los principios de la era clásica, los principios del humanismo occidental. A grandes rasgos y desde una perspectiva propia, revisemos la historia de la idea de la posmodernidad.

La era de la filosofía clásica es la que está considerada como la época de la cultura griega; los ideales antropológicos occidentales pueden ser localizados en los diálogos de Platón, quien dice que el mundo se divide en dos: el mundo de las ideas y el mundo material. Uno es perfecto y el otro es imperfecto. El mundo de las ideas es el que versan los ciudadanos griegos. El otro mundo es el mundo material que experimentan los barbaros, los extraños o extranjeros; los que no son parte de la cultura y comunidad griega. Este humanismo es excluyente porque coloca a los otros fuera de un orden de la humanidad y se excluye por medio del lenguaje, porque aquellos que no tuvieran al griego como su lengua madre no tenían capacidades para pensar a la unidad de forma ordenada, porque el único lenguaje que podía dar sentido y ordenar al mundo era el griego, que no dialoga con los otros lenguajes, sino que los excluye y los niega: el bárbaro² era el que mal hablaba el griego o él que no lo habla y, el que mal habla la lengua griega mal piensa y por tanto mal actúa.

He aquí nuestro problema: en la actualidad consideramos que el origen de la fragmentación de la condición humana, donde se da la separación y donde se preconiza un tipo de sociedad y cultura por encima de otras; es en la negación de los otros lenguajes en que se ejercen las prácticas del poder y dominio, y con ello la negación de otras culturas, realidades y de los seres humanos como entes expresivos y eso lo podemos apreciar también en las obras de arte dramáticas de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Incluso en esas obras podemos ver el paso de un pensamiento mítico, al de la conquista de la vida individual, lo que permite separarse de la divinidad, para luego situarse en el humanismo clásico de la filosofía occidental que es un humanismo restringido a un tipo de ser humano con características específicas, poniendo al margen a los otros seres humanos. Ese ciudadano griego será después el romano y concluirá en el europeo occidental. Mientras que el bárbaro será el salvaje, el inculto, el rudo, el incivil. Es pues el lenguaje como *logos* griego, o como cualquier otro en el mundo, un instrumento humano organizador.

² Herodoto, *Historia. Libro II. Euterpe*, Madrid, Gredos, 2010. En el segundo libro que habla acerca de la cultura egipcia, nos dice que bárbaro era una onomatopeya que significaba ‘extranjero’, daban cuenta que los que no podían hablar egipcio no pertenecían al lugar y por ese hecho los llamaban extranjeros-bárbaros. Pero no los subsumían o decían que eran inferiores como sí lo hicieron los griegos.

Aristóteles sistematiza al lenguaje, incluso es él quien nos dice en la *Retórica* que a través del lenguaje se tiende a realizar figuras que están dentro del mismo, es decir: que el lenguaje es metafórico, utiliza recursos de comparación, de analogía, de supresión, etc., también devela la parte creativa del lenguaje que está expuesto en su poética. Pero el *logos* creador lo reduce al mero ejercicio artístico. Aun así, su *logos* tenía las mismas características que exponía su maestro, que el lenguaje estaba restringido. Aunque, Aristóteles lo lleva a un nivel excesivo en su política al decir que aquellos que sepan emplear bien el lenguaje (*logos*) son quienes tienen el derecho a gobernar sobre aquellos que no lo sepan emplear o que lo malempleen, es decir, aquel que no habla o balbucea el lenguaje griego, tiene que ser gobernado y éste debe dejarse guiar, de no ser así, se tiene la libertad de hacer la guerra al bárbaro para civilizarlo (Zea, 1992).

En otro extremo existe un caso contrario al *logos* legislador y ordenador, sería el *logos* bíblico que analógicamente puede pensarse como el *logos* del bárbaro, un *logos* que no ordena, sino que crea, desde la creatividad imaginativa; el *logos* bíblico es aquel que crea, pero habremos de advertir que no es, no ha sido, el único en el tiempo histórico. Para el griego las cosas surgen de la razón, es decir: existen razones que describen el devenir y el acontecer de los entes; en cambio el lenguaje de los otros, el de los bárbaros, es el que crea los atributos de la esencialidad ontológica de una nueva realidad, que por el *logos* griego como forma discursiva es difícil acceder a éste. Se les impide acceder a la verdad griega, empero, todo ser humano, desde la antigüedad hasta la actualidad, tiene la capacidad de imaginar, crear, inventar y crear mundos posibles; por esto mismo el *logos* bárbaro, al igual que el griego, son comunidades creativas e imaginativas, con la capacidad de pensar, crear, inventar e imaginar realidades nuevas. Pero, eso no quita del discurso del *logos* griego que los otros, los bárbaros, los extraños tienen que inventar, supuestamente, la verdad de la realidad (griega), porque la verdad no se inventa sino que se devela por medio de la ilación de las razones que conducen al conocimiento del Ser, que se muestra en la verdad, de esa manera se conoce. Mientras que el *logos* del bárbaro no puede conocer esa unidad de la realidad, entonces, la crea. Esta creación está motivada desde la apariencia fenomenológica, desde lo que no-es, desde el no-ser; a lo que decimos que el que crea está situado en el Ser y no fuera de éste; forma parte de ella a través de los entes; en cambio el *logos* ordenador lo hace desde el ser en relación con la razón, de la esencia misma; de la razón que ordena (Zea, 1992).

Esto nos permite situarnos en otra época como lo es la medieval en la que se puede apreciar un tipo de *logos* y un humanismo diferente; este humanismo puede resumirse en la frase “ama (cuida, respeta, confía, tolera) a tu prójimo como a ti mismo”. Esta máxima implica incorporar al otro dentro de la conciencia, un tipo de responsabilidad que se sostiene con la alteridad, donde el otro no aparece como algo

ajeno sino como “el otro como yo” algo que no está alejado de nuestra realidad, el que nos pertenece y al que pertenecemos, en donde se muestra una misma condición ontológica de Ser; donde los seres humanos se justifican a partir de la idea de que todos son entidades vivas, lo cual requiere señalar que la humanidad es Una en la unidad, en la diferencia y la pluralidad; es una hermandad a la que pertenecen las personas y la comunidad mundial. Para los medievales el lenguaje era el amor a Dios.

Todo acto de amor es un acto creador. La filosofía es un acto de amor, porque sólo se es con los otros. Para la época histórica medieval el humanismo clásico había sido desplazado, no era el ser humano que estaba como fin último y como el que daba sentido y razón a las cosas, sino Dios era el principal, el centro de todo el universo y de la vida, de la existencia, del Ser. Y esto mismo puede apreciarse en el poema medieval de Dante, *La divina comedia*, en que se lee una sociedad sin ciudadanos ni individuos, sino de seres sociales que se vinculaban entre sí y que eran vigilados por Dios, como si cada uno de los seres humanos viviera en una que era el ojo de Dios, que en todo momento y tiempo estaba observando y enjuiciando los actos, las ideas y los pensamientos. Daba la sensación de que Dios estaba encima de cada persona, y se daba cuenta de los actos que podrían conducir a los pecados que condenarían las almas al infierno si no se seguía su decálogo o los preceptos expuestos en su libro sagrado.

Con respecto a los autores filosóficos representativos de la época podemos hablar de Agustín que es quién logra hacer un vínculo entre las dos tradiciones: la occidental y la hebrea, la ciudad humana y la ciudad de Dios. Con relación al lenguaje Agustín en sus primeras confesiones reconoce que Dios no pertenece a este mundo material, porque pensar a Dios implicaba darle límites, ni siquiera la existencia era tan inmensamente grande para poder abarcar su presencia, ni la existencia de los seres humanos era suficiente, incluso para poder imaginarlo como unidad era imposible porque esa imaginación estaría sostenida por el propio Dios; a lo que se diría que Dios y su lenguaje estaban fuera de la razón y los alcances humanos.

Pero nos situaremos en otro personaje medieval como Santo Tomás, en el cual se puede ver cómo es que a través de la analogía logra vincular al ser, a Dios y al lenguaje. Siguiendo a Aristóteles, logra decir que se puede conocer a Dios desde las bases materiales haciendo analogías. Uno de los temas de mayor discusión en la época medieval era si el lenguaje de los seres humanos era capaz de develar la esencia de Dios o, al menos, hacerse una idea de esa esencia y acercarse a ella.

Argumentaban que el lenguaje de los seres humanos no tenía la posibilidad de conocer a Dios porque era un lenguaje material, un lenguaje que se remitía a la descripción de lo mundano, por lo tanto, no era posible, ya que el lenguaje de los humanos era un lenguaje que se versaba sobre la materia, por ello sólo podía dar

razón de los entes materiales, mas no de los entes divinos. A lo que Santo Tomás, remitiéndose al lenguaje y por medio de la analogía, logra develar la parte ontológica del Ser y de Dios; sea cual sea el lenguaje sirven para lo mismo, para expresar y exponer la realidad al mundo. Entonces, si existe un lenguaje divino que nos remite y justifica la existencia de los entes esenciales, entonces el lenguaje humano al justificar la existencia de los seres materiales estaría logrando su cometido, que era hacer manifiesta una realidad. Por tanto, cuando la entidad mostrara su realidad de verdad, estaría manifestando su ser o esencia, y por lo tanto a Dios, que éste se encuentra en la esencia; y, analógicamente se estaría conociendo a Dios que en este caso sería la verdad misma. Aquí el lenguaje vuelve a tener una importancia y una posición que durante mucho tiempo no la tuvo. El lenguaje era el mediador entre los dos mundos, del cual se correspondían a partir de la analogía o la proporción.

La época medieval se pone en crisis cuando su idea de humanismo y con ella su lenguaje, que evocaba a lo divino, ya no evidenciaba ni convencía a los sujetos de creer en Dios como esa esencia que lo unía todo, ya no lograba llevar a cabo el proyecto que se proponía de conducir a una vida espiritualmente superior. Por otro lado la política eclesiástica se fue corrompiendo y comenzó a hacer dudar a los sujetos acerca de si realmente Dios era el que elegía o quién dictaba la vida como destino. De ahí que Dios no podía ser el centro de todo, ya que Dios no podía responder por las nuevas necesidades y los cambios que se aproximaban, se acudió a lo que se tenía hasta ese entonces, que era la época clásica. De aquí que habría un renacimiento: regresar y acudir a la época clásica en donde el ser humano tenía que ser nuevamente la fuente de todo conocimiento.

Es en el Renacimiento donde renacen las ideas del ser humano inserto en una sociedad de seres individuales; de aquí se darían nuevas vertientes y alternativas ante la crisis que se estaba viviendo para aquellos años. En esta época surgen los humanistas que irán despuntando hacia lo que hoy conocemos como el científico, aquel que se somete a la experimentación de la realidad para su comprobación de la verdad y deja de lado la especulación meramente contemplativa. A esta época se le considera y reconoce como una época rica y amplia en la discusión del conocimiento de los seres humanos en el que confluyen tres religiones: la judía, la cristiana y la musulmana que dialogan con la filosofía griega y la romana (Beuchot, 2013).

El Renacimiento como época histórica reúne los elementos filosóficos para ponderar un nuevo tipo de ser humano, uno que no necesita completamente de Dios para dar razón y justificación al mundo. Magallón Anaya nos dice que el renacimiento es el preámbulo de la modernidad, ya que en el renacimiento surge nuevamente el sujeto como eje y motor de la realidad, el que da sentido y razón a partir de su *logos*. De hecho, la pintura famosa de Miguel Ángel que se llama *La creación de Adán*, simboliza el cambio de la época en el cual Dios con su dedo toca el dedo de Adán

que expresa y representa el relevo de poder y de los tiempos, en el cual se puede decir que era preciso que los seres humanos adquirieran su mayoría de edad y fueran ellos los responsables tanto de su propia vida como de su propio destino. Esta época renacentista era contraria a la época que le antecedía. Con respecto al lenguaje, honestamente, debemos confesar que hasta ahora no hemos tenido la oportunidad de leer directamente a los autores más representativos de la época, porque no han llegado a nuestras manos los textos o escritos renacentistas, más que de poetas como Petrarca y Bocaccio: éste último hace el *Decamerón* que nos narra cien cuentos en los cuales se exhibe la corrupción de la iglesia y los cambios de la época, en donde la idea de Dios estaba terrenalizada. Dante revive a un latino como Virgilio y retoma de este personaje toda la tradición mítica, religiosa y cultural de la era clásica, y es a partir de este personaje que Dante, según el poema, reconoce los principios del humanismo clásico, Virgilio es su maestro y lo propone como un renacentista.

Me disculpo por el hecho de no haber leído a los representantes de la época renacentistas, pero eso no nos exenta de conocer y tener ideas acerca del lenguaje en la época renacentista, porque hemos leído tesis y libros acerca del renacimiento. En esta época surge el nominalismo, que explota la conciencia y la racionalidad individual. El nominalismo es aquella doctrina que aboga sobre objetos particulares y niega los universales. Pero sobre todo es donde los conceptos comienzan a tener un sentido diferente. El término ciencia, que evoca al conocimiento se refiere a aquel que puede demostrar por medio de la experimentación, ya no es el término clásico de la ciencia como información acerca de la vida. Aquí se busca la precisión en la denominación de los conceptos, la exactitud de la unidad del concepto con el objeto, es decir, que se busca que la objetividad esté actuando en el concepto y así obtener un lenguaje preciso y objetivo (Magallón, 2007).

Con todo lo anterior, surge una nueva época: la moderna, y que se anuncia en el siglo XVII, en el que se erige una nueva época histórica, una época que vilipendia a las épocas pasadas y las coloca en el atraso, niega todo lo existente antes de ella y la pone como la única. La modernidad propone a un tipo de ser humano, vanidoso y soberbio ante las otras realidades, se sirve de su razón y cree que por medio de ella podrá resolver todo tipo de conflicto social y humano. La razón es quién está por encima de todo porque por medio de ella pudo ocupar el puesto que antes tenía Dios; este mismo sujeto moderno pone a la naturaleza a su servicio y la utiliza para satisfacer los actos más deshumanizados que son generar riqueza a cambio de la explotación de los individuos. De aquí surge una razón instrumentalizada, la cual no sólo da sentido, sino que propone a la individualidad y la libertad para la libre empresa y para desobligarse de su alteridad; propone el individualismo por encima de todo. Esta razón le sirve al nuevo sujeto moderno para medir, calcular, planear, busca objetivos claros que despuntan hacia un capitalismo y con ello a un consumismo.

Empieza el dominio de una clase social en el terreno económico: la burguesía, la cual se sirve de la razón para emanciparse políticamente. La razón adquiere un valor revolucionario y emancipatorio. La modernidad despegue con el Renacimiento, la que es, ante todo, una edad descubridora y revolucionaria que transita en la historia del siglo XVI, XVII y XVIII (Magallón 2007: 140).

La época moderna conforma a lo que hoy conocemos como sociedades. En ellas habitan seres individuales, guiados y regidos por constituciones que les permiten regular su comportamiento en la sociedad. Aparecen los conceptos de revolución, democracia participativa, liberalismo, comunismo, socialismo, etc. La época moderna toma la batuta de mostrar lo más nuevo, busca en la novedad sus cimientos para afirmarse como una época revolucionaria. Con ello desprecia a la historia y la tradición, no existe un punto que derive de la historia, el presente se hace permanente y fundamento de la acción. Es una idea de romper siempre con lo anterior, lo anterior se deshecha y se hace obsoleto e inservible. Octavio Paz (1985) llamó a la ruptura como la tradición de la modernidad, si no se rompe con lo anterior, no se es moderno.

Desde aquí se puede apreciar que el lenguaje toma otra vertiente y otro fundamento. Para los clásicos el lenguaje estaba fundado en el Ser, para los medievales estaba fundamentado en Dios, para los renacentistas era el ser humano como legislador y para la época moderna era la subjetividad, es decir, lo que la subjetividad dictara era lo que se tenía que hacer. El defecto que tiene la subjetividad es que es una realidad intransferible, una realidad que nada más se queda en el sujeto y su se fundamenta en la experiencia y las sensaciones.

De la época moderna surge otra época a la que se le denominó posmoderna; a ésta época se agrega el “post” indicando que busca la superación de la modernidad, porque se supone que la posmodernidad atenta contra los principios modernos y duda de la razón. De ahí se develan otros fundamentos en el que la razón ya no es la única capaz de generar a la realidad y ordenarla. Aparece el cuerpo y la estética, la inconciencia con las emociones psicológicas, entre otras. El autor más representativo es Nietzsche, quien retoma y reconstruye a un personaje como Zaratustra que, a partir de la meditación y no de la reflexión se da cuenta de que Dios había muerto. Esto lo logra entrando en una caverna, haciendo referencia a Platón, que se encontraba en las montañas; luego, desciende para anunciar dos cosas, la muerte de Dios y la llegada del superhombre, que resulta ser el sujeto posmoderno, quien en realidad no logra alcanzar la sujeción. Con Dios muerto ya no hay reglas, los sentidos también habían muerto. Con la muerte de Dios se había terminado el sentido y compromiso que unificaba a toda la realidad para verla como una totalidad. Es decir: “muerto el perro se acabó la rabia”. Muerto Dios, muere el sujeto, la historia en el pensar se vale todo y la búsqueda de nuevas entidades para suplirlo comienza. Si recordamos la máxima

cristiana de “ama a tu prójimo como a ti mismo”, el origen de aquella responsabilidad ética era Dios a través de la conducta social humana, pero al estar muerto, los principios, las reglas y los valores con él, ya no había por qué seguir sus preceptos ni amar al prójimo. Si ya no existe Dios ningún otro ser humano es nuestra responsabilidad, no habría forma de que la alteridad se mostrara como un hermano, un prójimo, un prójimo, sino como un contrario. La posmodernidad puede ser entendida como un cementerio teórico, en donde se anuncia la muerte de todo tipo de actividades y disciplinas que le daban sentido a los seres humanos. Por ejemplo; se anunció la muerte de la historia, la muerte de la metafísica y, sobre todo, la muerte del sujeto. La época posmoderna es una época que se quedó sin fundamentos.

Sujeción

La categoría de sujeto, recordemos, pertenece a la realidad ontológica del ente, al ser humano, a la ciencia metafísica: hablar del sujeto es remitir a la parte consciente de los seres humanos. Así como la psicología identifica al ser humano como un ente emocional al que denomina como “yo”, así como las ciencias sociales determinan al ser humano como “individuo” o ente social, así como el derecho llama al ser humano como “persona”, así como la medicina llama a los seres humanos como “pacientes”, así como las ciencias naturales llaman a los seres humanos “seres vivos”; la filosofía llama a los seres humanos “sujetos” porque es por la conciencia que éste se sujeta al mundo, a la realidad, al ser. Esta manera de sujetarse al mundo es por medio del lenguaje, de la relación dialéctica que establece su conciencia con las formas expresivas y comunicativas para anclar su existencia a la realidad. Porque la conciencia se adquiere dentro del mundo accidental, dentro de los fenómenos, en el acontecer fenoménico, en el mundo en donde se tejen y entretejen y se desmaraña la realidad.

La conciencia es el resultado de un diálogo interno en el sujeto, deviene de la manera en cómo nosotros hacemos del mundo un lenguaje propio del cual expresamos nuestra situación con circunstancias concretas que padecen el acontecer del mundo como entes expresivos. La conciencia nos permite explicar cómo es que ordenamos el mundo a partir de nuestras vivencias. Si separamos el concepto: *con-ciencia*, lo que nos indica es: *con- conocimiento*, es decir, con la información de las posibles causas y efectos de nuestro actuar en el mundo. Lo que nos advierte que la crisis vive en los tiempos actuales y en las sociedades posmodernas es que el sujeto ya no tiene los fundamentos para sujetar su existencia, para anclarse existencialmente al mundo material, espiritual, metafísico. Ya no existen las condiciones en que los seres humanos se hacen conscientes de su situación, de las condiciones y del devenir, lo que lo hace vagar y divagar en el lenguaje y en la realidad misma. De aquí que la enunciación de la muerte del sujeto es una posibilidad; no obstante que los sujetos ya no tienen

donde afianzar su realidad, éstos ya no son los entes más importantes en los nuevos discursos y en los nuevos lenguajes, ahora es la tecnología, la ciencia unívoca positivista y exageradamente rigurosa la que se hace presente en los discursos, el dinero en acumulaciones exorbitantes por medio de la explotación de los seres humanos. De ahí que la crisis esté actuando en la realidad, porque los seres humanos ya no se ubican y viven dentro de ella, sino en su extremada equívoca realidad subjetiva.

Conclusión: La modernidad alternativa o de nuestra América

¿Qué y cómo podemos hacer que el lenguaje vuelva a ubicarnos en la realidad? ¿De qué manera haremos que los seres humanos vuelvan a estar en el centro de la discusión con lenguajes que lo expresen? ¿Tendremos que proponer desde otra modernidad como alternativa para obtener otros resultados fuera de la modernidad tradicional? ¿Será necesario que se tomen otros elementos de la realidad y el *logos* para construir un lenguaje comprometido con los seres humanos y el mundo? La modernidad alternativa radical propuesta desde América Latina y el Caribe, o nuestra América, ha adoptado el concepto de modernidad porque en la región estamos convencidos de que la modernidad también es nuestra en el sentido de que participamos en su construcción, aunque la condición en la que participamos fue de la manera más estrafalaria, es decir, que nos tocó ser la entidad negada, no de la forma como lo hicieron los griegos en la época clásica, sino peor.

No sólo se nos excluyó, sino que se nos negó nuestra humanidad, nos dijeron que no poseíamos alma alguna, que éramos parte de la naturaleza y que debíamos estar a su servicio. Leopoldo Zea, en el libro *Filosofía de la historia americana* (Zea, 2019), nos dice que cuando los europeos llegaron al continente americano en el siglo xv y al tener el encuentro con los nativos y originarios de estas tierras, se encontraron con su alteridad que los colocaba en crisis existencial. La pregunta que les surgió a los europeos fue la de quiénes eran aquellos que estaban ahí, esas existencias tan diferentes en todo lo que ellos conocían hasta ese momento. Al no encontrar similitudes y al no aceptar a la diferencia, surgió la aberración más grande del mundo que fue el asesinato al verbo ajeno, se demostró que existía un odio al *logos* extranjero y diferente; también explotó a la naturaleza y a los seres humanos. Pero la preocupación principal fue la de dar respuesta a quiénes eran ellos mismos.

Zea señala que al europeo le fue necesario acudir a su historia para sacar de ella su identidad y afirmar su existencia como sujeto en el mundo; de aquí comienza la modernidad desde la duda, posiblemente no metódica aún, pero al final la duda que develará después René Descartes, esa duda cartesiana es la misma de los primeros europeos, al toparse con los originarios de las américas. No obstante, la modernidad

capitalista se da cuando explotan a los nativos y los someten a largas jornadas de trabajo y en la explotación de la naturaleza para generar riquezas. Para que el europeo pudiera responder por su propio ser, fue a su historia y de ahí extrajo lo que predicaba como cultura y como comunidad humana situada; a lo que Zea sugiere que los latinoamericanos tenemos que hacer lo mismo: ir a nuestra propia historia, asumir con compromisos los acontecimientos históricos y extraer de ella todo aquello que nos define; que se acepten las condiciones en que nuestro ser se fue construyendo a lo largo de los siglos. Esto mismo lo dice Andrés Bello, muchos años antes, pero no sólo hace hincapié en ir a la historia y asumirla, sino que a partir de ella se cree lo propio que develará la originalidad de nuestra realidad.

Existen dos escritos de Bello, uno donde critica la imitación de las instituciones europeas y otro donde nos dice que veamos la propia realidad como nuestro escenario filosófico; de la dialéctica entre la realidad y la historia ovilladas en una crítica profunda será de donde surjan nuevas teorías y nuevos lenguajes contenidos de nuestra propia situación, que serán capaces de responder sobre el ser de los latinoamericanos y de nuestra realidad. Por lo tanto, es imposible entender la modernidad sin la relación dialéctica con la alteridad llamada América Latina y el Caribe, y la posmodernidad no sería posible sin la participación de nuestro continente. La negación de la realidad y la fragmentación de ésta es un principio que enarbola la posmodernidad.

Por ese, motivo Magallón Anaya reacciona ante la posmodernidad, porque ésta mata a los fundamentos y sobre todo al sujeto. De aquí su propuesta de volver a reconstruir al sujeto, pero desde otra modernidad, que se sostenga de los mismos principios que las otras modernidades existentes en el mundo, en donde la razón prepondere, pero una razón que no se instrumentalice, sino una que afirme lo común a todo ser humano en el mundo. Una modernidad que sea alternativa y que sea radical, y que su radicalidad resida en la historia, en aquello que la modernidad negó y la posmodernidad mató. Esta es una modernidad alternativa que incluye a los otros, que aboga por la realidad y que retoma a los lenguajes, nuevos y viejos para una nueva reconstrucción de la realidad.

La modernidad alternativa radical es la crítica al pensamiento identitario exclusivista occidental que mantiene a distancia a las personas, individuos, cosas, circunstancias: históricas, sociales, políticas, económicas, culturales, estéticas, complejas; reducidas a la forma clasificatoria, lo cual sólo se aprehende en la especificidad conceptual y se reduce a campos conceptuales independientes sin relación con la realidad (Zea, 2019: 159).

La modernidad alternativa radical de nuestra América rompe la concepción de las formas discursivas unitarias, cerradas, excluyentes del resto de la humanidad, pero al margen de la historia occidental que se asume como la única *razón*, el único *logos*, la única *forma de racionalidad*, para colocar al margen de la historia y de la razón a las naciones que no fueron el centro de la conquista y de la civilización occidental (Zea, 2019: 167).

Al igual que busca que se reconstruyan nuevos conceptos capaces de exponer la forma vivencial en que se relacionan los seres humanos, porque su preocupación son los sujetos, que viven y sufren al acontecer y al devenir, aquellos que sienten, sueñan, aman, imaginan, y buscan sobrellevar y salir delante de sus situaciones que los embargan como entidades que se expresan y conviven. La modernidad radical alternativa que propone Magallón Anaya es un compromiso y un dialogo abierto, en donde se sirve del *logos* poético para ayudarse en la reconstrucción de la realidad y de la totalidad que existe y la une en ella. También ve las metodologías complejas de un carácter interdisciplinario, transdisciplinario y multidisciplinario para hacer de las diferentes y variadas disciplinas un diálogo y una conexión que estén situadas más allá de sus propios límites, porque la modernidad alternativa radical propone que se vinculen las disciplinas y que cada una de ellas proponga métodos, teorías, categorías, conceptos y demás herramientas que permitan abarca con mayor aproximación a los objetos de estudio.

La modernidad alternativa surge para la defensa de la dignidad humana y de la recuperación de los sujetos, al anunciar que su muerte ha sido una mera enunciación posmoderna, es decir, sin sentido ni fundamento, ya que la propuesta desde nuestra tradición es proyectar un sujeto que tenga una nueva forma de sujetarse al mundo y hacer conciencia vinculándose a todas la entidades que conforman a la realidad como una unidad que ofrece ese sentido de ser desde lenguajes que tengan no sólo a la razón, sino que contemplen la participación de la intuición, la pasión, las emociones; en el que se vinculen otras tradiciones y culturas que permitan ver lo común al género humano. Es pues una recuperación de la tradición, de la memoria y de la historia para que éstos sean fundamentos discursivos en la justificación del hacer y de las ideas y pensamientos que derivan de una época; es la expresión de un pensamiento nuevo en donde la razón no esté negando ni dando espaldas al pasado, en la cual se ejerza una dialéctica entre el pasado, el presente y los tiempos futuros.

El *nosotros*, como sujeto colectivo y comunitario, deberá ser visto desde este horizonte de comprensión, porque implica denominaciones precedentes que el ser humano local, nacional, regional y mundial ha de darse a sí mismo, para ser con los otros, aunque no siempre se haya mostrado en la panorámica de la diversidad de una manera comprensiva de la unidad, porque es sabido que el sujeto no siempre se presenta en una misma unidad referencial (Zea, 2019: 211).

Una modernidad compleja que dialogue abiertamente con las otras modernidades, en donde su función sea integradora, para posibilitar la organización de los saberes y conocimientos que refuercen a la comunidad y que ésta sea el fundamento de los seres humanos, en donde se derive a un nosotros, a lo común como lo nuestro,

que es la vida y la humanidad toda, lo que permita que lo ajeno o lo otro sea visto como algo propio:

Nosotros y los *otros*, en el análisis filosófico, es aceptar las *diferentes filosofías* que conforman a la filosofía; es el rompimiento de los exclusivismos para mostrar la diversidad humana, sin que esto implique desconocer la racionalidad de sus principios, porque todos los seres humanos tienen en común a la razón y, a la vez, la manera consciente de la oposición abierta y denodada al imperialismo de la razón de *unos*, para imponer su modelo sobre los *otros*.

La modernidad alternativa radical busca al sentido, al ser que está en cada entidad. Busca renovar al lenguaje en donde se tenga a la realidad, a la comunidad, a la historia como fundamento de su reconstrucción; porque por medio del lenguaje y la imaginación creativa, las posibilidades de conformar una nueva realidad con principios ético-morales que logren que la humanidad y las sociedades vuelvan a obtener un camino que los conduzca a la utopía, es decir: a la esperanza de conformar una nueva forma de organizar la vida en una comunidad más humana en general.

BIBLIOGRAFÍA

- BELLO. A. (1948), *Filosofía del entendimiento*, México, FCE.
- BEUCHOT. M. (2013), *Historia de la filosofía medieval*, México, FCE.
- BEUCHOT. M. (2018), *La semiótica. Teoría del signo y el lenguaje en la historia*, México, FCE.
- GARCIA BACCA. J. D., (2003): *Introducción literaria a la filosofía*, México, Anthropos.
- MAGALLÓN, M. (2020), *Los caminos del pensar. La radicalidad de Nuestra América*, México, CIALC/UNAM.
- MAGALLÓN, M. (2007); *José Gaos y el crepúsculo de la filosofía latinoamericana*, México, CIALC/UNAM.
- NICOL, E. (1974); *Metafísica de la expresión*, México, FCE.
- NICOL. E. (2007); *Formas de hablar sublime. Poesía y filosofía*, México, FCE.
- PAZ. O. (1985); *Los hijos del limo*, México, Oveja Negra.
- ZAMBRANO. M. (2002): *Filosofía y poesía*, México, FCE.
- ZE. L. (1992); *Discurso desde la marginación y la barbarie*, México, FCE.
- ZE. L. (2019); *Filosofía de la historia americana*, México, CIALC/UNAM.